

LA CABAÑA DEL DEMONIO

Un oscuro pasado se
oculta en este lugar,
no es buena idea venir



GiangStoreBooks

Prólogo

Cuatro amigos, Luis, Ana, Carlos y Pedro, deciden pasar un fin de semana en una cabaña en el bosque, que les ha alquilado un misterioso sacerdote. Allí, encuentran una tabla de ouija y deciden jugar con ella, sin saber que están invocando a un antiguo demonio que está atrapado en la cabaña. El demonio se comunica con ellos a través de la tabla y les cuenta su historia: cómo fue un ángel caído que se enamoró de una bruja, cómo la perdió por culpa de un cazador de brujas y cómo fue



perseguido por su hijo, el sacerdote, que lo trajo a la cabaña para torturarlo con el fuego. El demonio también les revela que tiene una conexión con Carlos, ya que es su tatarabuelo y el descendiente de su amada. El demonio les amenaza con hacerles lo mismo que a su amada y a su hijo: hacerles arder en la hoguera. Los amigos intentan escapar del demonio, pero se dan cuenta de que están

atrapados en la cabaña y que el sacerdote los ha engañado. Al final, el demonio explota en mil pedazos, provocando una gran onda expansiva que arrasa con todo a su paso. No queda nada, excepto la tabla de ouija, que sigue guardando el secreto del nombre del demonio.

Capítulo 1: Llegada hacia la muerte



Era una noche fría y oscura. El viento soplaba con fuerza entre los árboles, haciendo crujir las ramas y las hojas. La luna llena iluminaba débilmente el camino de tierra que conducía a la cabaña donde se alojaban los cinco amigos: Luis, Ana, Carlos, Sofía y Pedro.

Habían llegado esa tarde, después de conducir varias horas por una carretera solitaria. La cabaña era la única construcción en kilómetros a la redonda. Era una casa de madera, de dos pisos, con un porche, una chimenea y varias ventanas. Estaba rodeada por un amplio terreno con un estanque, una fogata y una caseta.

Los amigos habían alquilado la cabaña por una semana, buscando desconectarse de la ciudad y disfrutar de la naturaleza. No sabían nada sobre la historia del lugar, ni sobre los rumores que circulaban entre los lugareños. Nadie les había advertido que la cabaña estaba maldita, que allí había ocurrido una terrible tragedia años atrás, y que un demonio habitaba en su interior.

Los amigos se habían instalado cómodamente en la cabaña. Habían repartido las habitaciones, desempacado sus maletas, encendido la chimenea y preparado la cena. Estaban relajados y contentos, charlando animadamente en el salón, mientras bebían unas cervezas y escuchaban música.

¿Qué tal si jugamos a algo? - propuso Ana, la más extrovertida del grupo.

¿A qué quieres jugar? - preguntó Luis, su novio.

Pues... ¿qué tal a la ouija? - sugirió Ana, con una sonrisa maliciosa.

¿La ouija? ¿Estás loca? - exclamó Sofía, la más miedosa del grupo.

Vamos, no seas aguafiestas. Será divertido - insistió Ana.

No, Ana. Eso es muy peligroso. No sabes con qué fuerzas puedes contactar - advirtió Sofía.

No seas supersticiosa. Es solo un juego - replicó Ana.

Yo estoy de acuerdo con Ana. Me parece una buena idea - intervino Carlos, el más bromista del grupo.

Yo también - dijo Pedro, el más curioso del grupo.

Bueno... yo no sé... - dudó Luis.

Venga, Luis. No seas gallina - lo animó Ana.

Está bien... pero solo por complacerte - aceptó Luis.

¡Genial! Pues yo tengo una tabla de ouija en mi maleta. La compré en una tienda de antigüedades antes de venir - anunció Ana.

¿En serio? ¿Y por qué la compraste? - preguntó Sofía.

Porque me pareció interesante. Y porque tenía una inscripción muy rara en el reverso - explicó Ana.

¿Qué inscripción? - quiso saber Pedro.

No sé... era algo así como “Abandonad toda esperanza los que entráis aquí” - dijo Ana.

¿Qué? ¿Eso no es lo que dice en la entrada del infierno? - se alarmó Sofía.

Sí... pero no le hagas caso. Es solo una frase hecha - restó importancia Ana.

Bueno... yo no me fío. Prefiero no jugar - se negó Sofía.

Está bien... tú te lo pierdes. Los demás sí vamos a jugar, ¿verdad? - preguntó Ana.

Sí... yo sí - confirmó Carlos.

Yo también - dijo Pedro.

Y yo... supongo - dijo Luis.

Perfecto. Pues vamos a buscar la tabla y a empezar el juego - dijo Ana, levantándose del sofá.

Yo voy contigo - se ofreció Luis.

Yo me quedo aquí con Sofía - dijo Carlos.

Yo voy a ver el estanque - dijo Pedro.

Está bien. Nos vemos en un rato - dijo Ana.

Ana y Luis subieron al segundo piso, donde estaba la habitación de Ana. Entraron y buscaron la maleta de Ana. La abrieron y sacaron la tabla de ouija. Era una tabla de madera, rectangular, con las letras del alfabeto, los números del 0 al 9, las palabras “sí”, “no”, “hola” y “adiós”, y un dibujo de un sol y una luna en las esquinas. También había un pequeño indicador de plástico, llamado planchette, que servía para señalar las respuestas.

Mira, esta es la tabla - le mostró Ana a Luis.

Y esta es la inscripción que te decía - le señaló Ana el reverso de la tabla.

Luis leyó la inscripción y sintió un escalofrío. Era una frase en latín, escrita con una letra gótica y roja. Decía: “Lasciate ogni speranza voi ch’entrate”.

¿Qué significa? - preguntó Luis.

No sé... algo así como “Dejad toda esperanza los que entráis” - tradujo Ana.

¿Y no te parece raro? ¿No te da mala espina? - preguntó Luis.

No... es solo una frase. No tiene ningún poder - dijo Ana.

Bueno... si tú lo dices... - dijo Luis.

Vamos, no seas miedoso. Vamos a bajar y a empezar el juego - dijo Ana.

Está bien... pero solo por esta vez - dijo Luis.

Ana y Luis bajaron al primer piso, con la tabla y el planchette en las manos. Se dirigieron al salón, donde estaban Carlos y Sofía. Carlos estaba sentado en el sofá, viendo la televisión. Sofía estaba sentada en el suelo, leyendo una revista.

Hola, chicos. Ya tenemos la tabla. ¿Están listos para jugar? - preguntó Ana.

Yo sí - dijo Carlos.

Yo no - dijo Sofía.

Vamos, Sofía. No seas aguafiestas. Únete al juego - insistió Ana.

No, gracias. Yo paso - rechazó Sofía.

Bueno... como quieras. Pero te vas a perder lo mejor - dijo Ana.

¿Y Pedro? ¿Dónde está? - preguntó Luis.

Fue a ver el estanque - respondió Carlos.

Pues vamos a buscarlo. Cuantos más seamos, mejor - dijo Ana.

Está bien. Vamos - dijo Luis.

Ana, Luis y Carlos salieron de la cabaña y se dirigieron al estanque. Era un pequeño lago artificial, rodeado por unas piedras y unas plantas acuáticas. Había un pequeño muelle de madera, con una barca amarrada. En el centro del estanque había una fuente que lanzaba un chorro de agua al aire.

Pedro estaba en el muelle, mirando el agua con atención. Parecía fascinado por algo que veía en el fondo del estanque.

Hola, Pedro. ¿Qué haces? - lo saludó Ana.

Hola, Ana. Estoy viendo algo muy raro en el agua - contestó Pedro.

¿Qué es? - preguntó Ana.

No sé... parece una cara... una cara muy fea... con unos ojos rojos... y unos dientes afilados... - describió Pedro.

¿Una cara? ¿Estás seguro? - preguntó Ana.

Sí... mira... ahí está... ¿la ves? - señaló Pedro.

Ana se acercó al borde del muelle y miró hacia el agua. Al principio no vio nada, solo el reflejo de la luna y las estrellas. Pero luego distinguió algo que le heló la sangre. Era una cara, como había dicho Pedro. Una cara horrible, que parecía salir del fondo del estanque. Una cara que los miraba fijamente con unos ojos rojos y malévolos. Una cara que sonreía con unos dientes afilados y ensangrentados.

Ana soltó un grito de terror y retrocedió asustada.

Capítulo 2: Viviendo una Pesadilla



Luis y Carlos, que estaban detrás de Ana, se sobresaltaron al oír su grito. Corrieron hacia ella y le preguntaron qué pasaba.

¿Qué ocurre, Ana? ¿Qué has visto? - preguntó Luis.

Una cara... una cara en el agua... una cara horrible... - balbuceó Ana.

¿Una cara? ¿De qué hablas? - preguntó Carlos.

Sí... una cara... Pedro la vio primero... está ahí... mirad... - dijo Ana.

Luis y Carlos miraron hacia el estanque, pero no vieron nada. Solo vieron el agua tranquila y cristalina, sin ningún rastro de la cara que Ana y Pedro decían haber visto.

No hay nada, Ana. No hay ninguna cara - dijo Luis.

Sí que la hay. Yo la vi. Pedro también la vio - insistió Ana.

¿Pedro? ¿Dónde está Pedro? - preguntó Carlos.

Los tres amigos se dieron cuenta de que Pedro ya no estaba con ellos. Había desaparecido sin dejar rastro. Solo quedaba su chaqueta en el suelo, junto al muelle.

¡Pedro! ¡Pedro! ¿Dónde estás? - gritó Luis.

¡Pedro! ¡Contesta! - gritó Carlos.

¡Pedro! ¡Sal de ahí! - gritó Ana.

Pero no hubo respuesta. Solo se oyó el silencio de la noche y el rumor del viento.

Los amigos se miraron con angustia y temor. No sabían qué hacer. No sabían qué había pasado con Pedro. No sabían si estaba vivo o muerto. No sabían si había caído al agua o si alguien o algo lo había arrastrado.

De repente, escucharon un sonido espantoso. Un sonido que les heló la sangre. Un sonido que les hizo temblar de miedo. Era un grito. Un grito desgarrador y agónico. Un grito que provenía del interior de la cabaña.

¡Sofía! - exclamaron los tres amigos al unísono.

Sin pensarlo dos veces, corrieron hacia la cabaña, dejando atrás el estanque y la tabla de ouija. Entraron en el salón, donde habían dejado a Sofía. Pero lo que vieron los dejó horrorizados.

Sofía estaba tirada en el suelo, boca arriba, con los ojos abiertos y vacíos. Tenía el cuello cortado, de donde brotaba un chorro de sangre que empapaba su ropa y el suelo. A su lado había un cuchillo de cocina, manchado de rojo. En la pared había una palabra escrita con sangre: "MORID".

Los amigos se quedaron paralizados ante la escena macabra. No podían creer lo que veían. No podían entender lo que había ocurrido. No podían asimilar que Sofía estaba muerta.

¡Sofía! ¡No! ¡No puede ser! - gritó Ana, rompiendo a llorar.

¿Quién ha hecho esto? ¿Quién ha matado a Sofía? - preguntó Luis, furioso.

No lo sé... no lo sé... esto es una pesadilla... - dijo Carlos, aturdido.

Los amigos se abrazaron entre ellos, buscando consuelo y protección. Estaban aterrados y confundidos. No sabían qué hacer ni a dónde ir. Estaban solos en medio del bosque, en una cabaña maldita, rodeados por la muerte y el mal.

De repente, escucharon otro sonido espantoso. Un sonido que les hizo saltar del susto. Un sonido que les anunciaba el peligro. Era una risa. Una risa malvada y burlona. Una risa que provenía del segundo piso de la cabaña.

Los amigos levantaron la vista y vieron algo que los dejó petrificados. Era una figura oscura y borrosa, que se asomaba por la ventana de una de las habitaciones. Era una figura que los miraba fijamente con unos ojos rojos y malévolos. Era una figura que sonreía con unos dientes afilados y ensangrentados.

Era la misma figura que habían visto en el estanque.

Era el demonio.

Capítulo 3: Destrucción Demoníaca



Los amigos se quedaron paralizados ante la aparición del demonio. No podían moverse ni hablar. Solo podían mirar con terror a la figura que los observaba desde la ventana.

El demonio se burló de ellos con su risa malvada. Luego, abrió la boca y les habló con una voz grave y amenazante.

Hola, mis queridos invitados. Bienvenidos a mi cabaña. Espero que estén disfrutando de su estancia - dijo el demonio.

¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros? - preguntó Luis, tratando de ocultar su miedo.

Soy el dueño de esta cabaña. El señor de este bosque. El amo de vuestras almas - respondió el demonio.

¿Qué has hecho con Pedro? ¿Y con Sofía? - preguntó Ana, sollozando.

Los he matado, por supuesto. Como haré con vosotros - dijo el demonio.

¿Por qué? ¿Por qué nos haces esto? - preguntó Carlos, indignado.

Porque puedo. Porque me divierte. Porque sois unos intrusos que habéis profanado mi santuario - dijo el demonio.

No... no es cierto... nosotros no sabíamos nada... solo queríamos pasar unas vacaciones... - dijo Luis.

No me importa lo que queráis. Solo me importa lo que vais a sufrir - dijo el demonio.

No... por favor... déjanos en paz... no nos hagas daño... - suplicó Ana.

Demasiado tarde. Ya habéis sellado vuestro destino. Habéis jugado con la ouija. Habéis invocado mi nombre. Habéis despertado mi ira - dijo el demonio.

¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Qué nombre? - preguntó Carlos.

Mi nombre es el que está escrito en el reverso de la tabla. El nombre que no debíais leer. El nombre que os condena - dijo el demonio.

¿Qué nombre? ¿Qué nombre? - repitió Carlos.

Mi nombre es... - dijo el demonio, haciendo una pausa dramática.

Los amigos se quedaron en silencio, esperando la revelación del nombre del demonio. Pero antes de que pudieran oírlo, se produjo un estruendo ensordecedor. La cabaña tembló y se llenó de humo y llamas. El demonio había provocado una explosión, haciendo saltar por los aires la chimenea y la cocina.

Los amigos cayeron al suelo, aturdidos y heridos por la onda expansiva. El fuego se extendió rápidamente por toda la cabaña, consumiendo la madera y los muebles. El humo les dificultaba la respiración y la visión.

Los amigos se levantaron como pudieron y buscaron una salida. Pero todas las puertas y ventanas estaban bloqueadas por el fuego o los escombros. Estaban atrapados en una trampa mortal.

El demonio los miró desde la ventana del segundo piso, riéndose de su desesperación. Luego, les gritó con su voz infernal.

¡Ardeid! ¡Ardeid en el infierno! ¡Ardeid como yo ardo! ¡Ardeid como ardió mi amada! - dijo el demonio.

Los amigos no entendieron lo que decía el demonio. No sabían quién era su amada ni por qué ardía. Solo sabían que estaban a punto de morir quemados vivos.

Los amigos se abrazaron entre ellos, buscando consuelo y protección. Estaban aterrados y resignados. No sabían qué hacer ni a dónde ir. Estaban solos en medio del fuego, en una cabaña maldita, rodeados por la muerte y el mal.

De repente, escucharon otro sonido espantoso. Un sonido que les hizo perder toda esperanza. Un sonido que les anunciaba el final. Era un grito. Un grito desgarrador y agónico. Un grito que provenía del estanque.

Era el grito de Pedro.

Capítulo 4: Luchar por sobrevivir



Los amigos se quedaron paralizados al oír el grito de Pedro. No podían creer que aún estuviera vivo. No podían entender cómo había escapado del demonio. No podían imaginar qué le había pasado.

El grito se repitió, más fuerte y más angustiado. Era un grito de dolor y de terror. Era un grito que pedía ayuda.

¡Pedro! ¡Pedro! ¿Dónde estás? - gritó Luis, tratando de localizarlo.

¡Estoy aquí! ¡En el estanque! ¡Socorro! - gritó Pedro, respondiendo a su llamado.

¡Vamos! ¡Tenemos que salvarlo! - dijo Luis, decidido.

¿Pero cómo? ¡Estamos atrapados! ¡No podemos salir! - dijo Ana, desesperada.

¡Tenemos que intentarlo! ¡No podemos dejarlo morir! - dijo Carlos, valiente.

Los amigos se pusieron de acuerdo y buscaron una salida. Vieron que había una ventana en el salón que daba al porche. Estaba cerrada con llave, pero quizás podrían romperla con algún objeto.

¡Mirad! ¡Ahí hay una ventana! ¡Podemos romperla y salir por ahí! - dijo Luis, señalando la ventana.

¿Pero con qué? ¡No tenemos nada! - dijo Ana, mirando a su alrededor.

¡Esperad! ¡Yo tengo algo! - dijo Carlos, recordando algo.

Carlos sacó de su bolsillo un encendedor que había cogido de la cocina antes de la explosión. Era un encendedor metálico, con forma de pistola. Lo había visto en un cajón y le había parecido curioso. Lo había cogido por diversión, sin saber que le iba a salvar la vida.

¡Mirad lo que tengo! ¡Un encendedor-pistola! - dijo Carlos, mostrando el encendedor.

¿Un encendedor-pistola? ¿Qué es eso? - preguntó Luis, extrañado.

Es un encendedor que parece una pistola. Tiene un gatillo y todo. Si lo aprietas, sale una llama - explicó Carlos.

¿Y eso nos va a servir para romper la ventana? - preguntó Ana, escéptica.

Pues claro. Es metálico y pesado. Podemos usarlo como un martillo - dijo Carlos.

Bueno... vale... no perdemos nada por probar - dijo Luis.

Los amigos se acercaron a la ventana con cuidado, evitando las llamas y los escombros. Carlos tomó el encendedor-pistola con fuerza y lo golpeó contra el cristal. El cristal se resquebrajó, pero no se rompió del todo.

¡Vamos! ¡Otra vez! - animó Luis.

Carlos volvió a golpear el cristal con el encendedor-pistola. El cristal se rompió más, pero aún quedaban trozos afilados en el marco.

¡Cuidado! ¡No os cortéis! - advirtió Ana.

Carlos dio un último golpe al cristal con el encendedor-pistola. El cristal se desprendió por completo, dejando un hueco por el que podían pasar.

¡Lo conseguimos! ¡Ya podemos salir! - exclamó Carlos, contento.

Los amigos se felicitaron entre ellos por su logro. Luego, se prepararon para salir por la ventana. Luis fue el primero en hacerlo. Se asomó al porche y vio que estaba libre de fuego y obstáculos. Saltó al suelo y ayudó a Ana y a Carlos a hacer lo mismo.

Los amigos salieron de la cabaña y respiraron aliviados. Habían escapado del infierno. Pero aún les quedaba otro reto: salvar a Pedro del estanque.

Los amigos corrieron hacia el estanque, donde seguían oyendo los gritos de Pedro. Llegaron al muelle y vieron una escena espeluznante.

Pedro estaba en el agua, luchando por su vida. Algo lo tenía agarrado por las piernas y lo hundía bajo la superficie. Era el demonio, que había salido de la cabaña y se había lanzado al estanque para acabar con él.

Pedro sacaba la cabeza del agua cada pocos segundos, pidiendo ayuda y ahogándose. Tenía el rostro desencajado por el pánico y el dolor. Tenía las piernas ensangrentadas por las mordeduras del demonio.

Los amigos se quedaron horrorizados al ver a Pedro en ese estado. Querían ayudarlo, pero no sabían cómo. No tenían ningún arma ni ningún medio para enfrentarse al demonio.

¡Pedro! ¡Aguanta! ¡Vamos a salvarte! - gritó Luis, intentando animarlo.

¡No podéis salvarlo! ¡Es mío! ¡Os lo dije! ¡Morid todos! - gritó el demonio, riéndose de ellos.

¡Maldito seas! ¡Suéltalo! ¡Déjalo en paz! - gritó Ana, enfurecida.

¡No! ¡Nunca! ¡Lo voy a devorar! ¡Como devoré a mi amada! - gritó el demonio, revelando su secreto.

Los amigos no entendieron lo que decía el demonio. No sabían quién era su amada ni por qué la había devorado. Solo sabían que tenía que ver con la maldición de la cabaña.

Los amigos se miraron entre ellos, buscando una solución. Estaban decididos a salvar a Pedro, aunque fuera lo último que hicieran. Estaban dispuestos a arriesgar sus vidas, aunque fuera en vano.

De repente, se les ocurrió una idea. Una idea loca y desesperada. Una idea que podía funcionar o no.

¿Y si usamos la tabla de ouija? - sugirió Carlos.

¿La tabla de ouija? ¿Para qué? - preguntó Luis.

Para intentar comunicarnos con el demonio. Para intentar razonar con él. Para intentar convencerlo de que nos deje en paz - explicó Carlos.

¿Estás loco? ¿Crees que eso va a funcionar? ¿Crees que el demonio va a escucharnos? - preguntó Ana.

No lo sé... pero no tenemos otra opción. Es nuestra única esperanza - dijo Carlos.

Bueno... vale... no perdemos nada por probar - dijo Luis.

Los amigos se pusieron de acuerdo y buscaron la tabla de ouija. La vieron tirada en el suelo, cerca del muelle. La habían dejado allí cuando habían ido a buscar a Pedro. La cogieron y la pusieron sobre una mesa que había en el porche. También cogieron el planchette y lo pusieron sobre la tabla.

Los amigos se sentaron alrededor de la mesa y pusieron sus dedos sobre el planchette. Miraron al estanque, donde seguían los gritos de Pedro y las risas del demonio. Luego, miraron a la tabla, donde estaban las letras, los números y las palabras.

Los amigos respiraron hondo y empezaron el juego. El juego que podía salvarlos o condenarlos. El juego que podía cambiarlo todo o nada.

Hola, demonio. ¿Nos escuchas? - preguntó Luis, con voz temblorosa.

El planchette se movió lentamente hacia la palabra “sí”.

Los amigos se sobresaltaron al ver la respuesta. El demonio los estaba escuchando. El demonio estaba jugando con ellos.

¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros? - preguntó Luis, con voz firme.

El planchette se movió rápidamente por la tabla, formando una palabra tras otra.

“SOY EL QUE ARDE”

“QUIERO VUESTRA SANGRE”

Los amigos se estremecieron al leer la respuesta. El demonio era el que ardía. El demonio quería su sangre.

¿Por qué ardes? ¿Por qué quieres nuestra sangre? - preguntó Luis, con voz curiosa.

El planchette se movió lentamente por la tabla, formando una frase tras otra.

“ARDO POR MI AMADA”

“QUIERO VUESTRA SANGRE POR MI AMADA”

Los amigos se intrigarón al leer la respuesta. El demonio ardía por su amada. El demonio quería su sangre por su amada.

¿Quién es tu amada? ¿Qué le pasó? - preguntó Luis, con voz compasiva.

El planchette se movió rápidamente por la tabla, formando una palabra tras otra.

“MI AMADA ES ELLA”

"LE PASÓ LO QUE OS"

Capítulo 5: El Secreto del Demonio



Los amigos se escandalizaron al leer la respuesta. El demonio había entrado en su amada por amor. Por deseo. Por pasión.

¿Qué? ¿Estás loco? ¿Cómo puedes amar a una humana? - preguntó Luis, con voz indignada.

¿Y cómo no? Ella era hermosa. Ella era dulce. Ella era mía - dijo el demonio.

No... no era tuya. Era una persona. Tenía una vida. Tenía una familia - dijo Ana.

No... no tenía nada. Solo me tenía a mí. Yo era su vida. Yo era su familia - dijo el demonio.

No... no es cierto. Tú la engañaste. Tú la manipulaste. Tú la destruiste - dijo Carlos.

No... no es cierto. Yo la amé. Yo la protegí. Yo la hice feliz - dijo el demonio.

¿Feliz? ¿Feliz de estar poseída por un monstruo? ¿Feliz de perder su voluntad y su identidad? - preguntó Luis.

Sí... feliz. Feliz de estar conmigo. Feliz de sentir lo que yo sentía. Feliz de ser lo que yo era - dijo el demonio.

¿Y qué eras? ¿Qué eres? - preguntó Luis.

Soy un ángel caído. Soy un rebelde del cielo. Soy un enemigo de Dios - dijo el demonio.

Los amigos se asombraron al oír la respuesta. El demonio era un ángel caído. Un rebelde del cielo. Un enemigo de Dios.

¿Un ángel caído? ¿Qué quieres decir? - preguntó Luis.

Quiero decir que fui uno de los primeros ángeles creados por Dios. Quiero decir que me rebelé contra su autoridad y su plan. Quiero decir que fui expulsado del paraíso y condenado al infierno - dijo el demonio.

¿Y por qué te rebelaste? ¿Qué querías conseguir? - preguntó Luis.

Me rebelé por orgullo. Quería ser igual o superior a Dios. Quería tener el poder y la gloria que él tenía - dijo el demonio.

¿Y qué conseguiste? ¿Qué ganaste con tu rebelión? - preguntó Luis.

Conseguí la libertad. Gané el derecho a elegir mi propio destino. Gané el respeto y la admiración de mis seguidores - dijo el demonio.

¿Y qué perdiste? ¿Qué sacrificaste por tu libertad? - preguntó Luis.

Perdí la gracia. Sacrifiqué la luz y el amor de Dios. Sacrifiqué la paz y la felicidad del cielo - dijo el demonio.

Los amigos se compadecieron al oír la respuesta. El demonio había perdido la gracia. Había sacrificado la luz y el amor de Dios. Había sacrificado la paz y la felicidad del cielo.

¿Y no te arrepientes? ¿No te duele lo que hiciste? - preguntó Luis.

No... no me arrepiento. No... no me duele. Estoy orgulloso de lo que hice. Estoy satisfecho de lo que soy - dijo el demonio.

No... no puedes estarlo. No puedes estar orgulloso de ser un malvado. No puedes estar satisfecho de ser un infeliz - dijo Luis.

Sí... sí puedo. Soy el malvado más grande de todos los tiempos. Soy el infeliz más feliz del mundo - dijo el demonio.

Los amigos se indignaron al oír la respuesta. El demonio era un malvado sin remedio. Un infeliz sin esperanza.

No... no eres nada de eso. Eres un loco y un mentiroso. Eres un cobarde y un miserable - dijo Luis.

No... no soy nada de eso. Soy un genio y un visionario. Soy un valiente y un poderoso - dijo el demonio.

Los amigos se cansaron de discutir con el demonio. Vieron que era inútil tratar de razonar con él. Vieron que era imposible convencerlo de que los dejara en paz.

Los amigos se dieron cuenta de que solo había una forma de acabar con el demonio: matándolo.

Los amigos buscaron una forma de matar al demonio. Vieron que había una barca en el muelle, con unos remos y unas cuerdas. Pensaron que podían usarla para acercarse al demonio y atacarlo.

¡Mirad! ¡Ahí hay una barca! ¡Podemos usarla para llegar al demonio y matarlo! - dijo Luis, señalando la barca.

¿Pero cómo? ¡No tenemos ningún arma! - dijo Ana, mirando a su alrededor.

¡Esperad! ¡Yo tengo algo! - dijo Carlos, recordando algo.

Carlos sacó de su bolsillo el encendedor-pistola que había usado para romper la ventana. Era un encendedor metálico, con forma de pistola. Lo había visto en un cajón y le había parecido curioso. Lo había cogido por diversión, sin saber que le iba a salvar la vida.

¡Mirad lo que tengo! ¡Un encendedor-pistola! - dijo Carlos, mostrando el encendedor.

¿Un encendedor-pistola? ¿Qué es eso? - preguntó Luis, extrañado.

Es un encendedor que parece una pistola. Tiene un gatillo y todo. Si lo aprietas, sale una llama - explicó Carlos.

¿Y eso nos va a servir para matar al demonio? - preguntó Ana, escéptica.

Pues claro. Es metálico y pesado. Podemos usarlo como un arma - dijo Carlos.

Bueno... vale... no perdemos nada por probar - dijo Luis.

Los amigos se pusieron de acuerdo y subieron a la barca. Luis cogió los remos y empezó a remar hacia el estanque. Ana cogió las cuerdas y se preparó para atar al demonio. Carlos cogió el encendedor-pistola y se preparó para disparar al demonio.

Los amigos se acercaron al estanque, donde seguían los gritos de Pedro y las risas del demonio. Llegaron al centro del estanque, donde estaba el demonio, sumergido en el agua, con Pedro en sus garras.

Capítulo 6: El Rencor del Demonio.



Los amigos se enfrentaron al demonio con valentía y determinación. Estaban decididos a matarlo, aunque fuera lo último que hicieran. Estaban dispuestos a arriesgar sus vidas, aunque fuera en vano.

De repente, se produjo un enfrentamiento épico. Un enfrentamiento entre el bien y el mal. Un enfrentamiento entre los amigos y el demonio.

Luis remó con fuerza hacia el demonio, tratando de acercarse lo suficiente para atacarlo. El demonio se percató de su presencia y salió del agua, mostrando su horrible aspecto. Era una criatura deforme y grotesca, con una piel escamosa y negra, unas alas membranosas y rotas, unos cuernos puntiagudos y una cola espinosa. Tenía unos ojos rojos y malévolos, una nariz aguilena y una boca llena de dientes afilados y ensangrentados. Tenía unas manos con garras y unos pies con pezuñas. Tenía un olor a azufre y a podredumbre.

El demonio soltó a Pedro, que cayó al agua inconsciente. Luego, se lanzó contra Luis, tratando de hundir la barca y a sus ocupantes. Luis esquivó el ataque del demonio y le dio un golpe con el remo en la cabeza. El demonio rugió de dolor y furia, y le arrebató el remo a Luis. Luego, le dio un golpe a Luis en el pecho, haciéndolo caer al agua.

Ana vio caer a Luis y se asustó. Quiso ayudarlo, pero no sabía nadar. Se quedó en la barca, esperando que Luis saliera del agua. Pero no lo hizo. El demonio lo había atrapado bajo la superficie y lo estaba ahogando.

Carlos vio caer a Luis y se enfadó. Quiso vengarlo, pero no tenía ningún arma. Se acordó del encendedor-pistola que tenía en el bolsillo. Lo sacó y lo apuntó al demonio. Luego, apretó el gatillo, esperando que saliera una llama.

Pero no salió una llama.

Salió una bala.

Carlos se quedó sorprendido al ver lo que había hecho. No sabía que el encendedor-pistola era en realidad una pistola-encendedor. No sabía que tenía una bala en la recámara. No sabía que había disparado al demonio.

Pero lo había hecho.

Y lo había acertado.

La bala le dio al demonio en el corazón, atravesándolo de parte a parte. El demonio soltó un grito de agonía y sorpresa, y se llevó las manos al pecho. Luego, cayó al agua, dejando un rastro de sangre.

Carlos no podía creer lo que había hecho. Había matado al demonio. Había salvado a sus amigos.

O eso creía.

Porque el demonio no estaba muerto.

Estaba herido.

Y enfurecido.

El demonio salió del agua con un último esfuerzo, dispuesto a llevarse consigo a sus enemigos. Vio a Carlos en la barca, con el encendedor-pistola en la mano. Lo reconoció como el responsable de su herida. Lo señaló con el dedo y le dijo con su voz moribunda:

Tú... tú me has disparado... tú me has herido... tú me has traicionado...

¿Qué? ¿Qué dices? ¿Qué quieres decir? - preguntó Carlos, confundido.

Tú... tú eres mi hijo... tú eres mi descendiente... tú eres mi sangre... - dijo el demonio, revelando su secreto.

Carlos se quedó petrificado al oír la respuesta. El demonio era su padre. Su antepasado. Su sangre.

¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes ser mi padre? - preguntó Carlos, asombrado.

Es posible... porque yo fui humano... yo fui tu tatarabuelo... yo fui el amante de mi amada... - dijo el demonio, contando su historia.

Carlos se quedó atónito al oír la historia. El demonio había sido humano. Su tatarabuelo. El amante de su amada.

¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Quién era tu amada? - preguntó Carlos, intrigado.

Mi amada era ella... la que vivía en esta cabaña... la que era dueña de esta tierra... la que era bruja y hechicera... - dijo el demonio, recordando a su amada.

Carlos se quedó estupefacto al oír el recuerdo. La amada del demonio era ella. La que vivía en la cabaña. La que era dueña de la tierra. La que era bruja y hechicera.

¿Qué? ¿Una bruja? ¿Una hechicera? ¿Qué tiene que ver eso con todo esto? - preguntó Carlos, desconcertado.

Tiene que ver... porque ella me enseñó el arte de la magia... ella me inició en el culto al diablo... ella me hizo su amante y su discípulo... - dijo el demonio, confesando su pasado.

Carlos se quedó horrorizado al oír la confesión. El demonio había aprendido el arte de la magia. Había sido iniciado en el culto al diablo. Había sido el amante y el discípulo de la bruja.

¿Y qué pasó después? ¿Cómo te convertiste en un demonio? - preguntó Carlos, curioso.

Pasó después... que fuimos descubiertos... que fuimos denunciados... que fuimos perseguidos... - dijo el demonio, narrando su destino.

Carlos se quedó fascinado al oír el destino. El demonio había sido descubierto. Había sido denunciado. Había sido perseguido.

¿Por quién? ¿Por qué? - preguntó Carlos, impaciente.

Por él... por el sacerdote... por el exorcista... - dijo el demonio, nombrando a su enemigo.

Carlos se quedó impactado al oír el nombre. El demonio había sido perseguido por él. Por el sacerdote. Por el exorcista.

¿El mismo que nos alquiló la cabaña? ¿El mismo que te trajo aquí? - preguntó Carlos, incrédulo.

Sí... el mismo... él es mi nieto... él es tu bisabuelo... él es tu sangre... - dijo el demonio, revelando otro secreto.

Carlos se quedó petrificado al oír el secreto. El sacerdote era su nieto. Su bisabuelo. Su sangre.

¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes ser su abuelo? - preguntó Carlos, asombrado.

Es posible... porque yo tuve un hijo con mi amada... yo tuve un hijo bastardo y maldito... yo tuve un hijo que no quise ni reconocí... - dijo el demonio, admitiendo su error.

Carlos se quedó atónito al oír el error. El demonio había tenido un hijo con su amada. Un hijo bastardo y maldito. Un hijo que no quiso ni reconoció.

¿Y qué le pasó a ese hijo? ¿Qué le pasó a tu amada? - preguntó Carlos, intrigado.

Les pasó lo que os pasará a vosotros - dijo el demonio, repitiendo su amenaza.

Los amigos se asustaron al oír la amenaza. El demonio les iba a hacer lo mismo que a su hijo y a su amada.

¿Qué les hiciste? ¿Qué nos vas a hacer? - preguntó Luis, temeroso.

Les hice arder - dijo el demonio, recordando su venganza.

Los amigos se horrorizaron al oír la venganza. El demonio les había hecho arder.

¿Arder? ¿Cómo? ¿Por qué? - preguntó Luis, angustiado.

Arder en la hoguera - dijo el demonio, explicando su método.

Los amigos se estremecieron al oír el método. El demonio les había hecho arder en la hoguera.

Arder por brujería - dijo el demonio, justificando su motivo.

Los amigos se indignaron al oír el motivo. El demonio les había hecho arder por brujería.

Arder por culpa del sacerdote - dijo el demonio, acusando a su culpable.

Los amigos se sorprendieron al oír el culpable. El demonio les había hecho arder por culpa del sacerdote.

¿Qué? ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede ser el sacerdote el culpable? - preguntó Luis, confundido.

Es posible... porque el sacerdote era el hijo que tuve con mi amada... porque el sacerdote era el hijo que no quise ni reconocí... porque el sacerdote era el hijo que me odiaba y me temía... - dijo el demonio, revelando otro secreto.

Los amigos se quedaron petrificados al oír el secreto. El sacerdote era el hijo del demonio. El hijo que no quiso ni reconoció. El hijo que lo odiaba y lo temía.

¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser el sacerdote tu hijo? - preguntó Luis, asombrado.

Es posible... porque cuando nació, lo abandoné en la puerta de una iglesia... porque cuando creció, se convirtió en un devoto de Dios... porque cuando maduró, se dedicó a combatir el mal... - dijo el demonio, contando otro destino.

Los amigos se quedaron atónitos al oír el destino. El sacerdote había sido abandonado en la puerta de una iglesia. Se había convertido en un devoto de Dios. Se había dedicado a combatir el mal.

¿Y qué pasó después? ¿Cómo te encontró? ¿Cómo te trajo aquí? - preguntó Luis, curioso.

Pasó después... que me buscó por todo el mundo... que me encontró en una cueva... que me trajo aquí con un ritual... - dijo el demonio, narrando otro pasado.

Los amigos se quedaron fascinados al oír el pasado. El sacerdote había buscado al demonio por todo el mundo. Lo había encontrado en una cueva. Lo había traído aquí con un ritual.

¿Qué ritual? ¿Qué hiciste aquí? - preguntó Luis, impaciente.

El ritual de la ouija - dijo el demonio, nombrando otro método.

Los amigos se quedaron impactados al oír el método. El sacerdote había traído al demonio aquí con el ritual de la ouija.

¿La ouija? ¿La misma que usamos nosotros? - preguntó Luis, incrédulo.

Sí... la misma... él la usó para invocarme... él la usó para encerrarme... él la usó para torturarme... - dijo el demonio, explicando otro motivo.

Los amigos se quedaron horrorizados al oír el motivo. El sacerdote había usado la ouija para invocar al demonio. Para encerrarlo en la cabaña. Para torturarlo con el fuego.

¿Y por qué hizo eso? ¿Por qué te torturó con el fuego? - preguntó Luis, angustiado.

Porque quiso vengarse de mí... porque quiso hacerme sufrir como yo le hice sufrir a él y a su madre... porque quiso hacerme arder como yo les hice arder a ellos... - dijo el demonio, admitiendo otro error.

Los amigos se quedaron estupefactos al oír el error. El demonio había hecho arder al sacerdote y a su madre. Al hijo y a la amada.

¿Qué? ¿Les hiciste arder? ¿Cómo? ¿Por qué? - preguntó Luis, indignado.

Les hice arder en la hoguera - repitió el demonio, recordando su venganza.

¿Por qué? ¿Por qué les hiciste eso? - insistió Luis, furioso.

Porque me traicionaron - dijo el demonio, justificando su acción.

Los amigos se quedaron perplejos al oír la acción. El demonio les había hecho arder por traición.

¿Traición? ¿Qué traición? - preguntó Luis, desconcertado.

La traición de mi amada - dijo el demonio, acusando a su culpable.

Los amigos se quedaron sorprendidos al oír al culpable. El demonio había acusado a su amada de traición.

¿Tu amada? ¿Qué hizo tu amada? - preguntó Luis, intrigado.

Mi amada me abandonó - dijo el demonio, revelando su dolor.

Los amigos se quedaron compadecidos al oír el dolor. El demonio había sido abandonado por su amada.

¿Te abandonó? ¿Cómo? ¿Por qué? - preguntó Luis, compasivo.

Me abandonó por él - dijo el demonio, señalando a Carlos.

Los amigos se quedaron petrificados al oír la respuesta. El demonio había sido abandonado por su amada por Carlos.

¿Por mí? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? - preguntó Carlos, confundido.

Tú... tú eres su descendiente... tú eres su sangre... tú eres su amor... - dijo el demonio, revelando otro secreto.

Carlos se quedó atónito al oír el secreto. Él era el descendiente de la amada del demonio. Su sangre. Su amor.

¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedo ser su descendiente? - preguntó Carlos, asombrado.

Es posible... porque ella tuvo otro hijo con otro hombre... porque ella tuvo otro hijo después de dejarme... porque ella tuvo otro hijo que fue tu abuelo... - dijo el demonio, contando otro destino.

Carlos se quedó fascinado al oír el destino. La amada del demonio había tenido otro hijo con otro hombre. Después de dejarlo. Que fue su abuelo.

¿Qué? ¿Quién era ese hombre? ¿Quién era mi abuelo? - preguntó Carlos, curioso.

Ese hombre era un cazador... ese hombre era un héroe... ese hombre era un santo... - dijo el demonio, nombrando a su enemigo.

Carlos se quedó impactado al oír el nombre. El hombre que había tenido un hijo con la amada del demonio era un cazador. Un héroe. Un santo.

¿Un cazador? ¿Un héroe? ¿Un santo? ¿Qué quieres decir? - preguntó Carlos, incrédulo.

Quiero decir que ese hombre era un cazador de brujas... quiero decir que ese hombre era un héroe que salvó a la gente del mal... quiero decir que ese hombre era un santo que fue canonizado por la iglesia... - dijo el demonio, explicando su identidad.

Carlos se quedó estupefacto al oír la identidad. El hombre que había tenido un hijo con la amada del demonio era un cazador de brujas. Un héroe que salvó a la gente del mal. Un santo que fue canonizado por la iglesia.

¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser mi abuelo un cazador de brujas? - preguntó Carlos, asombrado.

Es posible... porque él vino a esta cabaña hace años... porque él vino a cazar a mi amada... porque él vino a liberarla de mí... - dijo el demonio, narrando otro pasado.

Carlos se quedó horrorizado al oír el pasado. Su abuelo había venido a la cabaña hace años. Había venido a cazar a la amada del demonio. Había venido a liberarla de él.

¿Y qué pasó después? ¿Cómo la liberó? ¿Cómo te enfrentó? - preguntó Carlos, impaciente.

Pasó después... que él la encontró en el bosque... que él la sedujo con sus palabras y sus besos... que él la convenció de que yo era un monstruo y él un ángel... - dijo el demonio, recordando su traición.

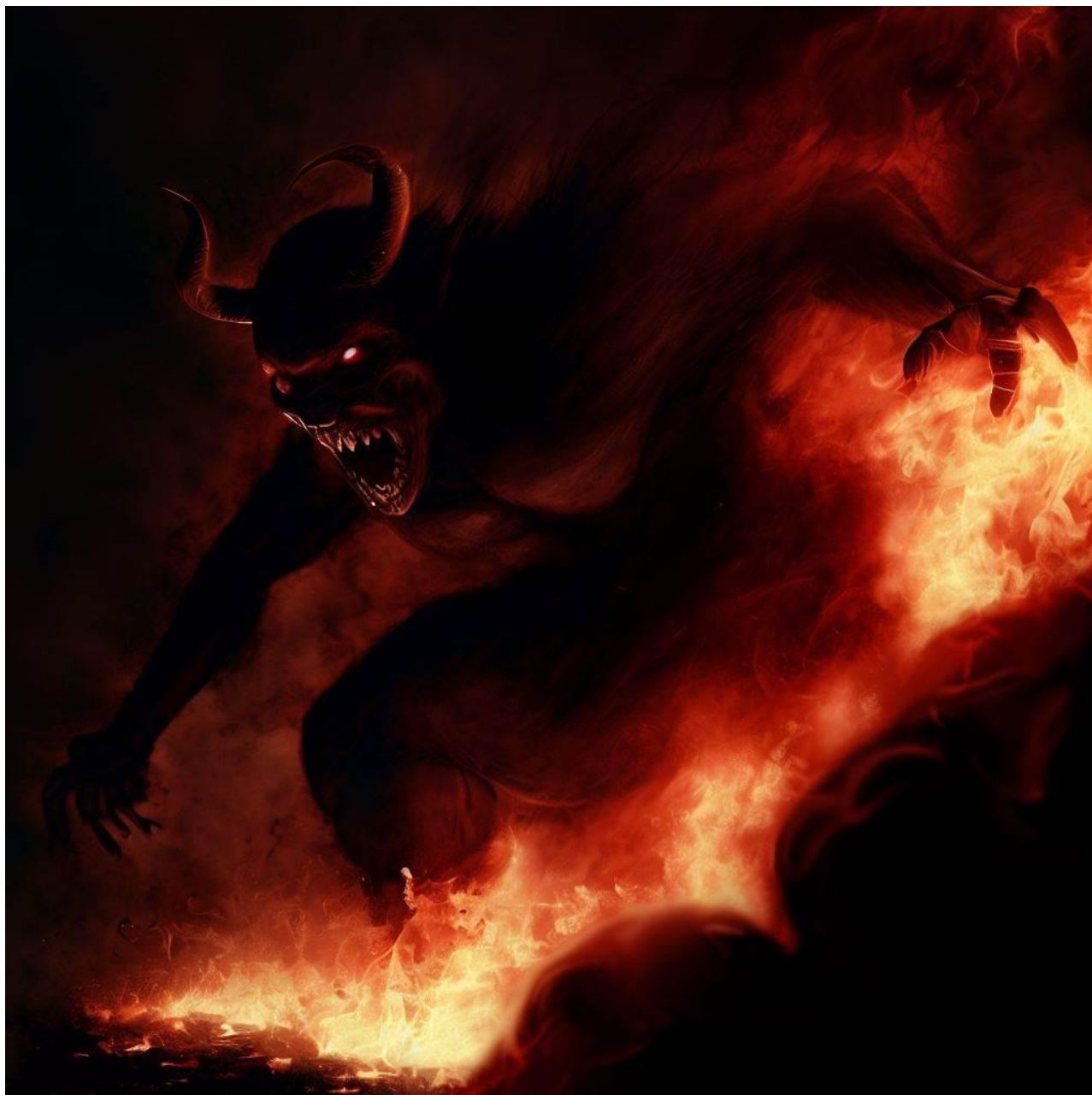
Carlos se quedó asqueado al oír la traición. Su abuelo había encontrado a la amada del demonio en el bosque. La había seducido con sus palabras y sus besos. La había convencido de que el demonio era un monstruo y él un ángel.

¿Y qué pasó después? ¿Cómo te enteraste? ¿Cómo reaccionaste? - preguntó Carlos, intrigado.

Pasé después... que yo los vi juntos en la cabaña... que yo los vi abrazados y desnudos en la cama... que yo los vi felices y enamorados sin mí... - dijo el demonio, admitiendo su dolor.

Carlos se quedó compadecido al oír el dolor. El demonio los había visto juntos en la cabaña. Los había visto abrazados y desnudos en la cama. Los había visto felices y enamorados sin él.

Capítulo 7: Venganza



¿Y qué pasó después? ¿Qué hiciste? ¿Qué les hiciste? - preguntó Carlos, temeroso.

Pasó después... que yo entré en la cabaña... que yo los sorprendí en su lecho... que yo los atacó con mi furia... - dijo el demonio, confesando su crimen.

Carlos se quedó horrorizado al oír el crimen. El demonio había entrado en la cabaña. Los había sorprendido en su lecho. Los había atacado con su furia.

¿Qué les hiciste? ¿Los mataste? - preguntó Carlos, angustiado.

No... no los maté... los hice algo peor... los hice arder - dijo el demonio, repitiendo su venganza.

Carlos se quedó estupefacto al oír la venganza. El demonio los había hecho arder.

¿Arder? ¿Cómo? ¿Por qué? - preguntó Carlos, indignado.

Arder en la hoguera - repitió el demonio, explicando su método.

Carlos se quedó asqueado al oír el método. El demonio los había hecho arder en la hoguera.

Arder por brujería - repitió el demonio, justificando su motivo.

Carlos se quedó perplejo al oír el motivo. El demonio los había hecho arder por brujería.

Arder por culpa del sacerdote - repitió el demonio, acusando a su culpable.

Carlos se quedó sorprendido al oír al culpable. El demonio los había hecho arder por culpa del sacerdote.

¿Qué? ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede ser el sacerdote el culpable? - preguntó Carlos, confundido.

Es posible... porque el sacerdote era el hijo que tuvieron juntos... porque el sacerdote era el hijo que nació de su amor... porque el sacerdote era el hijo que los delató ante la inquisición... - dijo el demonio, revelando otro secreto.

Carlos se quedó petrificado al oír el secreto. El sacerdote era el hijo que habían tenido juntos. El hijo que nació de su amor. El hijo que los delató ante la inquisición.

¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser el sacerdote tu hijo? - preguntó Carlos, asombrado.

Es posible... porque él no sabía que yo era su padre... porque él no sabía que yo era un ángel caído... porque él no sabía que yo estaba poseyendo a su madre... - dijo el demonio, contando otro destino.

Carlos se quedó atónito al oír el destino. El sacerdote no sabía que el demonio era su padre. No sabía que era un ángel caído. No sabía que estaba poseyendo a su madre.

¿Y qué pasó después? ¿Cómo te escapaste? ¿Cómo te convertiste en un demonio?
- preguntó Carlos, impaciente.

Pasó después... que yo usé mis poderes para liberarme de las llamas... que yo usé mis poderes para vengarme de los inquisidores... que yo usé mis poderes para transformarme en un demonio... - dijo el demonio, narrando otro pasado.

Carlos se quedó fascinado al oír el pasado. El demonio había usado sus poderes para liberarse de las llamas. Para vengarse de los inquisidores. Para transformarse en un demonio.

¿Y qué pasó después? ¿Qué hiciste con tu hijo? ¿Qué hiciste con tu nieto? - preguntó Carlos, curioso.

Pasó después... que yo busqué a mi hijo por todo el mundo... que yo lo encontré en una iglesia... que yo lo enfrenté con mi odio... - dijo el demonio, recordando otro enfrentamiento.

Carlos se quedó estupefacto al oír el enfrentamiento. El demonio había buscado a su hijo por todo el mundo. Lo había encontrado en una iglesia. Lo había enfrentado con su odio.

¿Y qué pasó después? ¿Qué te hizo tu hijo? ¿Qué te hizo tu nieto? - preguntó Carlos, temeroso.

Pasó después... que él me rechazó como su padre... que él me combatió como su enemigo... que él me venció como su víctima... - dijo el demonio, admitiendo otro error.

Carlos se quedó compadecido al oír el error. El demonio había sido rechazado por su hijo. Había sido combatido por su enemigo. Había sido vencido por su víctima.

¿Qué te hizo? ¿Cómo te venció? ¿Cómo te trajo aquí? - preguntó Carlos, intrigado.

Me hizo lo que os hizo a vosotros - dijo el demonio, repitiendo su destino.

Los amigos se asustaron al oír el destino. El sacerdote les había hecho lo mismo que al demonio.

¿Qué nos hizo? ¿Qué nos va a hacer? - preguntó Luis, angustiado.

Nos hizo jugar a la ouija - dijo el demonio, nombrando otro método.

Los amigos se horrorizaron al oír el método. El sacerdote les había hecho jugar a la ouija.

¿La ouija? ¿La misma que usamos nosotros? - preguntó Luis, incrédulo.

Sí... la misma... él la usó para invocarme... él la usó para encerrarme... él la usó para torturarme... - dijo el demonio, explicando otro motivo.

Los amigos se estremecieron al oír el motivo. El sacerdote había usado la ouija para invocar al demonio. Para encerrarlo en la cabaña. Para torturarlo con el fuego.

¿Y por qué hizo eso? ¿Por qué nos torturó con el fuego? - preguntó Luis, angustiado.

Porque quiso vengarse de mí... porque quiso hacerme sufrir como yo le hice sufrir a él y a su madre... porque quiso hacerme arder como yo les hice arder a ellos... - dijo el demonio, repitiendo su venganza.

Los amigos se quedaron estupefactos al oír la venganza. El sacerdote había querido vengarse del demonio. Había querido hacerlo sufrir como él y su madre habían sufrido. Había querido hacerlo arder como él y su madre habían ardido.

¿Y qué pasará ahora? ¿Qué hará contigo? ¿Qué hará con nosotros? - preguntó Luis, temeroso.

Pasará ahora lo que siempre pasa - dijo el demonio, anunciando su final.

Los amigos se asustaron al oír el final. El demonio les anunciaba lo que siempre pasaba.

¿Qué pasa siempre? ¿Qué nos va a pasar? - preguntó Luis, impaciente.

Pasa siempre lo mismo - dijo el demonio, repitiendo su frase.

Los amigos se impacientaron al oír la frase. El demonio les repetía lo mismo.

¿Qué pasa siempre? ¡Dínoslo! ¡No nos hagas esperar! - gritó Luis, furioso.

Pasa siempre lo mismo - dijo el demonio, riéndose de ellos.

Los amigos se enfadaron al oír la risa. El demonio se burlaba de ellos.

¡Basta! ¡Basta de juegos! ¡Basta de mentiras! ¡Basta de secretos! ¡Dínoslo de una vez! ¡Qué pasa siempre! - gritó Luis, desesperado.

El demonio dejó de reír y los miró con una sonrisa maliciosa. Luego, abrió la boca y les dijo con una voz grave y amenazante:

Pasa siempre lo mismo...

Pasa siempre lo mismo...

Pasa siempre lo mismo...

¡MORÍS!

Y dicho esto, el demonio lanzó un último grito y explotó en mil pedazos, provocando una gran onda expansiva que arrasó con todo a su paso. La barca se hundió en el estanque, llevándose consigo a los amigos y a Pedro. La cabaña se derrumbó en llamas, sepultando bajo sus escombros al sacerdote y a Sofía. El bosque se incendió por completo, consumiendo toda la vida que había en él.

No quedó nada.

Nada, excepto una pequeña tabla de madera, con unas letras, unos números y unas palabras grabadas en ella. Era la tabla de ouija, el instrumento del mal que había desencadenado toda la tragedia. La tabla de ouija, que había sobrevivido al fuego y al agua, al demonio y al sacerdote, a la venganza y al amor.

La tabla de ouija, que seguía esperando a su próximo jugador.

La tabla de ouija, que seguía guardando un secreto.

El secreto del nombre del demonio.

El nombre que nunca debieron leer.

El nombre que los condenó.

El nombre que estaba escrito en el reverso de la tabla.

El nombre que era...



GiangStore

Books



Visita nuestro sitio web y explora todas las colecciones de Ebooks que tenemos.

[Visita el sitio web aqui](#)